

EDITORIALES

EL SIGLO
DE DURANGO

El buen fin

Denise Dresser

Aquí preguntas de una ciudadana que quiere enarbolar la esperanza vigilante:

1. ¿Se puede ser miembro de la izquierda progresista y apoyar la militarización del país, la apología presidencial al Ejército y el despliegue de la Guardia Nacional sin una ley que lo avale o una modificación constitucional que lo permita? ¿Qué pasó con “al margen de la ley nada y por encima de la ley nadie”?

2. ¿Por qué el levantamiento del Censo Nacional por voluntarios de Morena y el nombramiento de superdelegados dadivosos sin una normatividad que lo permita no cae en la categoría de “clientelismo”?

3. ¿La crítica del nuevo Presidente a “los abajo firmantes” cuestionando el impacto ambiental del Tren Maya o criticando la vía de la militarización no equivale a una descalificación de tajo a una sociedad civil variorpinta y plural, compuesta por muchos grupos de izquierda?

4. ¿Por qué las consultas llevadas a cabo por Morena en el caso del aeropuerto de Texcoco y el Tren Maya -junto con otras propuestas- no constituyen una forma de democracia participativa degradada y manipulada? ¿No hay mejores maneras de lidiar con las fallas de representatividad del sistema político?

5. AMLO afirma que el neoliberalismo rapaz es el enemigo a vencer pero, ¿no deberían serlo el capitalismo de cuates y la politización de la política económica? ¿Acaso las crisis recurrentes del país no empezaron cuando los presidentes tomaron decisiones económicas irracionales con el objetivo de mantener su popularidad y el predominio de su partido?

6. ¿Por qué las grandes obras de infraestructura del sexenio -las refinerías y el Tren Maya- no cuentan con estudios de costo-beneficio, estudios de impacto ambiental y estudios de viabilidad?

7. Si según el Presidente el “distintivo del neoliberalismo es la corrupción”, ¿por qué no se refiere al Sistema Nacional Anticorrupción que terminará de construir, la autonomía del Fiscal General que asegurará, el fortalecimiento del INAI que apoyará?

8. Si lo que busca la 4T es “la separación del poder económico del poder político”, ¿por qué no se habla de enfrentar el capitalismo de cuates vía el poder regulatorio del Estado? ¿Por

qué se anuncia un consejo empresarial que incluye a algunos de los empresarios más explotadores y rentistas de México, como lo ha sido Ricardo Salinas Pliego?

9. Si de lo que se trata es de “regenerar la vida pública” por qué en el mismo discurso presidencial se mandan mensajes contradictorios: el perdón y punto final impulsado por AMLO, junto a la promesa de consultar el tema al pueblo, junto con el anuncio de una Comisión de la Verdad pero sólo para Ayotzinapa, dejando de lado la agenda de justicia transicional prometida en los Foros para la Paz?

10. Si el objetivo -según el discurso pronunciado- es que se castigue a los corruptos pero que el Poder Ejecutivo de mantenga al margen, ¿entonces qué papel desempeñará la próxima Fiscalía General, dependiente del Presidente? ¿Investigará o no investigará casos de corrupción cometidos en el pasado, como parte del Poder Ejecutivo?

11. AMLO subraya que una de las formas en las cuales se combatirá la corrupción y se atraerá la inversión -nacional y extranjera- mediante “reglas claras”. ¿Cuáles fueron esas reglas claras en el caso de la cancelación de Texcoco y su reemplazo por Santa Lucía? ¿Cómo airear la corrupción si los mismos contratistas simplemente serán trasladados a otro lugar?

12. Se ha enfatizado la política de austeridad, el fin del endeudamiento, el presupuesto responsable, pero al mismo tiempo se anuncian 100 compromisos que requerirán una gran inversión de recursos públicos. ¿Cómo financiarán todo lo prometido y podrán compartir las cifras y los montos destinados a cada promesa?

13. ¿Quiénes forman parte del “pueblo”, según los dirigentes de la Cuarta Transformación? ¿Incluye a los que no votaron por AMLO, a los descalificados como “conservadores”, a miembros de la oposición, a quienes están de acuerdo con algunas de las propuestas de la 4T pero rechazan otras? ¿Cualquiera que tenga dudas o sienta ambivalencia ante ciertos posicionamientos del nuevo gobierno es miembro de la élite inmoral y corrupta? En el vocabulario del nuevo régimen, ¿es conservador hablar de contrapesos, instituciones, transparencia, federalismo, respeto a la Constitución? ¿El pueblo -visto como un ente moral y homogéneo- no puede equivocarse?

Jaque Mate

Sergio Sarmiento

El antineoliberal

Las palabras cuentan y revelan ideas e intenciones. El presidente Andrés Manuel López Obrador pronunció 16 veces el término “neoliberal” en su discurso de toma de posesión. En cambio, usó “economía” cuatro veces, “revolución” dos, “democracia” y “pobreza” dos también.

El énfasis no es tan común. Cuando López Obrador habla al “pueblo” no usa el término con tanta frecuencia. En el Zócalo lo hizo solo dos veces. El mensaje del Congreso estaba dirigido, en cambio, a la clase política, para la que “neoliberal” es una descalificación.

Pero, ¿qué significa “neoliberal”? Según la Real Academia es el partidario de una “teoría política o económica que tiende a reducir al mínimo la intervención del Estado”. No hay realmente diferencia con el liberal, que propugna “la libertad y la tolerancia en la vida de la sociedad” o que postula “la libertad individual y social en lo político y la iniciativa privada en lo económico y cultural, limitando la intervención del Estado y de los poderes públicos”.

Para López Obrador, sin embargo, “nuestros liberales del siglo XIX” son admirables, mientras que los del siglo XXI, que buscan también una vida libre de la intervención del Estado, resultan despreciables. Los “neoliberales” que tomaron el poder en 1983 son los culpables de todos los males de México: la pobreza, la falta de crecimiento, la corrupción, incluso la diabetes. Por eso, en la Cuarta Transformación, “Haremos a un lado la hipocresía neoliberal.”

López Obrador quiere regresar al pasado, al viejo PRI, pero no al de 1970 a 1982, el de Luis Echeverría y José López Portillo, cuando la economía “creció a una tasa de 6 por ciento anual pero con graves desequilibrios macroeconómicos”, sino al de Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz, a los años dorados de 1958 a 1970, “cuando fue ministro de hacienda Antonio Ortiz Mena” y “la economía del país no solo creció al 6 por ciento anual sino que este

“La política económica neoliberal ha sido un desastre, una calamidad para la vida pública del país.”
Andrés Manuel López Obrador

avance se obtuvo sin inflación y sin incremento de la deuda pública. Por cierto, Ortiz Mena no era economista sino abogado”.

El desarrollo estabilizador fue un período de avance, sin duda, pero no podemos idealizarlo. Para empezar, el mundo entero crecía a un ritmo mayor, lo que ayudó a la expansión mexicana. La población aumentaba 3.5 por ciento anual, por lo que el PIB per cápita lo hacía a solo 2.5 por ciento. Hubo disciplina financiera, porque los presidentes dejaron trabajar a Ortiz Mena (que cuando era estudiante no podía haber estudiado economía porque la carrera no existía); ni López Mateos ni Díaz Ordaz habrían cancelado el aeropuerto de Texcoco, porque Ortiz Mena les habría advertido de las consecuencias.

La economía mexicana no cargaba los lastres de hoy. Los programas sociales eran pequeños y no desviaban tantos recursos de propósitos productivos. Los niveles de bienestar eran más bajos; la economía crecía, pero el proteccionismo comercial elevaba los precios y hacía que el dinero alcanzara menos. La izquierda cuestionaba las políticas económicas de Ortiz Mena porque afirmaba que los frutos no llegaban a los más pobres.

México ha crecido menos que su potencial en las últimas décadas, pero esto no se arregla con descalificaciones ideológicas. La inversión productiva enfrenta mil y un obstáculos, que son los que debemos derribar. Pretender regresar a un paraíso dorado que nunca existió es equivocar el camino.

CULTURA NEOLIBERAL

Tabaré Vázquez, presidente de izquierda de Uruguay, ha entendido el neoliberalismo de forma distinta: “La izquierda -ha señalado- no ha sido impermeable a la revolución cultural neoliberal y ha incorporado algunos de sus elementos, como la necesidad del equilibrio fiscal, el libre comercio y la competitividad.”

Twitter: @SergioSarmiento

De Política Y Cosas Peores

Armando Camorra

Nada me impresiona ya, excepción hecha de Sophia Loren y la catedral de Chartres. Pues bien: hubo algo que me impactó profundamente en la toma de posesión de AMLO. Y lo más extraordinario es que eso sucedió antes de que tomara posesión. Me conmovió ver el cariño que le tiene el pueblo; la cercanía y estrechos vínculos que tiene con la gente común. Las vallas que se formaron a su paso hacia San Lázaro no eran como las de aquellas multitudes que vitoreaban a los Presidentes en el tiempo de la dominación priista. Tales manifestaciones eran falsas; se hacían con la participación forzada de acarreados, en tanto que quienes saludaban y aplaudían a su paso a López Obrador mostraban auténtica alegría por ver a su adalid cuando se dirigía a asumir la más alta magistratura de la Nación. Ningún Presidente de México, quizá con excepción de Madero, ha llegado así a la Presidencia, arropado por un afecto que en el caso de AMLO no dudo en calificar de amor. También me agradó sobremanera el hecho de que López Obrador entregara a todos los mexicanos la residencia de Los Pinos, espacio antes sagrado al que sólo tenían acceso algunos elegidos. Eso, salvando todas las distancias, es como si el rey de Francia hubiese abierto Versalles al pueblo de París. No cabe duda de que López Obrador es el mandatario más popular de nuestro tiempo. En eso advierto un riesgo. Su enorme popularidad puede llevarlo a ser un populista. Eso asomó ya en su mensaje de asunción, cuando mostró que haber ceñido la banda presidencial no lo hizo modificar ni un ápice sus actitudes ni sus discursos de campaña. Su condena del neoliberalismo, hecha con fraseología vetusta, nos hizo volver a un pasado muy pasado. Tal se diría que López Obrador no está enterado de fenómenos tales como la globalización, con acuerdos interna-

cionales como el que su antecesor firmó con Estados Unidos y Canadá. Parece que el tabasqueño quiere hacer de México una ínsula que se bastará a sí misma y no necesitará de nadie ni para la alimentación de sus habitantes ni para su progreso y desarrollo. Produciremos nuestro propio maíz, aunque sembrarlo, cultivarlo y cosecharlo resulte mucho más caro que importarlo. Refinaremos nuestro petróleo, no importa que eso nos cueste más y dañe más nuestro medio ambiente que aprovechar tecnologías extranjeras eficientes y económicas. Ese anacrónico nacionalismo aislacionista no tiene nada de patriotismo y sí mucho de demagogia. Aplicarlo será costoso para México. Y es que López Obrador no parece mirar hacia países cuya tecnología los ha hecho avanzar, sino hacia otros cuya política los ha llevado a retroceder. La visión que tiene de la economía ve más hacia el pasado que hacia el porvenir. Su mensaje a la Nación lo pudo haber dicho Luis Echeverría, si no es que Plutarco Elías Calles. Ofreció trabajar 16 horas diarias. Pero si con ese populismo autoritario nos va a llevar a tiempos ya pretéritos, ojalá acorte considerablemente su jornada laboral. Una declaración le aplaudí, y lo hice con entusiasmo grande: aquélla en que manifestó que no habrá de reelegirse, que respetará absolutamente el postulado maderista del sufragio efectivo y la no reelección. Claro: está por verse lo que dirá dentro de seis años el pueblo bueno y sabio a través de una consulta hecha con el mismo rigor con que se hizo la del aeropuerto de Texcoco. Pero por ahora doy crédito a las palabras de AMLO y las aplaudo calurosamente. Me sigue preocupando, sin embargo, su autoridad sin límites. Hasta ahora el único contrapeso que ha tenido López Obrador es la imagen del guapo y gallardo cadete que apareció atrás de él en las pantallas de televisión. FIN.

Nueva política

Jesús Silva-Herzog

Es una nueva política. Hemos hablado mucho de los números del cambio. La cantidad de votos, los porcentajes, los asientos del congreso, la recomposición del mapa nacional. Todo eso importa, por supuesto, e importa mucho. Es la base institucional de un poder que ha nacido sin antagonistas. Es la primera vez en nuestra historia en que tenemos a un presidente democráticamente legítimo e imponente. La negociación con las oposiciones ha dejado de ser necesaria. Si la nueva coalición mayoritaria actúa coordinadamente, podrá hacer, rehacer y deshacer las leyes que le dé la gana. Podrá rearmar, a su gusto, las instituciones autónomas. Podrá, con un mínimo esfuerzo, cambiar la constitución.

Pero, tal vez, lo más relevante del cambio está en otro lado. No en el ámbito formal de las instituciones sino en el modo de entender y ejercer el poder. En los hilos de la persuasión y en los calderos de la movilización política. Si estamos frente a una nueva política no es porque las viejas instituciones hospeden ahora a una nueva clase gobernante. Es que ese grupo entiende de manera radicalmente distinta la mecánica del poder; el sentido de la representación, el sitio del conflicto y los atributos del liderazgo. Ocupar las instituciones es apenas una forma (y, por cierto, no la más relevante) de ejercer el poder.

Es cierto que la “parafernalia del poder” le incomoda al presidente López Obrador. Lo constatamos nuevamente este sábado: hablar en la plaza pública le es infinitamente más grato que hablar desde la tribuna del Congreso, así sea un Congreso cuya mayoría le es, no sólo afín, sino devota. La sospecha del orden institucional lo ha acompañado siempre. No ha desaparecido. Si desconfía de las instituciones es porque las ve como corruptoras de la voluntad del pueblo. La voz auténtica del pueblo es la que responde a su llamado. Por eso se anuncia, como en tiempos del cardenismo, una intensa política de movilizaciones. Convocar, desde el poder, al respaldo del poder. Mostrar músculo en el espacio público para aviso de los opositores. La política de López Obrador no tiene como propósito la rotativa del Diario Oficial. La

imagen que tiene del cambio histórico, ese sueño de gloria que lo anima supone una activación de lo popular. Es poner en movimiento una militancia del entusiasmo. En la formación de las lealtades se medirá, en buena medida, su éxito.

No hay fervor político sin antagonismos. La nueva política es, a todas luces, una política de enemistad. Es una constante activación de rivalidades. Nadie podría decir que se trata de una brecha inventada por la retórica de un hombre. El abismo es, en realidad, la constitución de México. Pero su uso político nos convierte en un país de irreconciliables, renuncia al entendimiento entre los polos y asume que la misión de la política es derrotar así no es que aniquilar al otro. Frente a nosotros se agrupan los herederos de los malos de siempre, esos conservadores que son pura hipocresía, esos mimados que no quieren perder privilegios. En ese escenario, no hay otro deber para la política que organizar la batalla contra el antipueblo.

La política también cambia de ambición y de ritmo. La nueva política no es política de reformas. El gradualismo es, para el presidente de México, mala palabra. Nunca se ha quedado corto para acentuar la dimensión épica de su proyecto. Insiste en sugerir que está naciendo un nuevo país con una auténtica democracia, una economía incluyente, una sociedad solidaria y una nueva moralidad pública. Sus propuestas acentúan el filo con el que pretende cortar el pasado. Habla insistentemente de la prisa con la que asume la encomienda. En seis años, gobernar doce. Hay momentos, cree él, en que las sociedades logran desprenderse del pasado. Rechaza por eso el reformismo, como si fuera simple maquillaje, el engaño de esos cambios que nada cambian. Escuchamos así la restauración de la retórica revolucionaria. Nada, o casi nada es importante cuidar del pasado. Hay que barrer con él.

La política mexicana tiene nuevas sedes, otra tracción, tensiones de distinta naturaleza, otras prioridades, otro ritmo, un vocabulario diferente. Debemos hacer esfuerzos por entender esas novedades porque sólo de comprensión puede surgir una estrategia frente a ella.

Su opinión nos interesa

Envíela a: durango@elsiglodedurango.com.mx, Dirección: Hidalgo 419 sur, Zona Centro. Durango, Dgo. C.P. 34000

Por favor incluya su nombre y la ciudad donde resida.
Las cartas pueden ser editadas por razones de espacio.